

XLV PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Diego Vaya

AL FINAL DE LAS VOCES





JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XLV Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Javier Sierra, Desiree Vázquez Becerra, Severiano Pajares Fort, Carlos Erviti, Jesús Martín Santoyo, María Isabel López Martínez, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2026

© Diego Vaya, 2026

© Fundación José Manuel Lara, 2026

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 475-2026

ISBN: 978-84-19132-82-6

Printed in Spain–Impreso en España

A María Antonia, mi madre,
que sigue viva en estas páginas.

Nuestros recuerdos también tienen voces.
A menudo tristes, que claman como brazos
alzados en la oscuridad.

STEPHEN KING

HORAS VIOLENTAS

CLAUDIA, 1972

Sin que ninguno de los dos lo supiera, Claudia y su tío Lorenzo estaban unidos por una idea de la que nunca hablaron con nadie. Ambos compartían la certeza de que la mina de Lorenzo sería el origen y el final de algo que cambiaría sus vidas.

La primera vez que pensó en esto, Claudia estaba delante de la casa de su tío. Quería registrar cada detalle de lo que iba a encontrar ahí dentro, así que encendió su grabadora, dijo en alto la fecha de ese día de 1972 y el lugar en el que se encontraba. Aunque no estaba dispuesta a detener la grabación para comprobarlo, la inquietó no reconocer su propia voz: había sonado sombría y deshabitada, como si hubiese salido del fondo de la tierra, y en ese momento la sobresaltó la sensación de estar cayendo dentro de la mina.

Claudia, como intentando alejar ese pensamiento, reaccionó introduciendo la llave en la herrumbre de la cerradura y girándola hasta escuchar el estallido metálico del engranaje. Tuvo que empujar tres o cuatro veces la puerta antes de conseguir abrirla. En cuanto entró, sintió una presencia incómoda a su espalda, como si estuvieran acechándola, pero al volverse no había nadie.

Dentro de la casa olía a rancia penumbra. Claudia levantó la persiana, pero la claridad solo arañó una esquina del

salón; el resto era una negrura en la que se recortaban las formas angulosas de algunos muebles. Fuera orbitaban miradas escondidas detrás de visillos amarillentos.

Dio unos pasos hasta que tropezó con una silla. La escasa luz que entraba había iluminado un interruptor con los bordes rotos. Subió la llave de este, y arriba, suspendida del techo, una bombilla se encendió después de un instante de intermitencias y silbidos de cables quemándose. Entonces pudo ver el resto del salón. A pesar de lo que le había advertido su padre sobre el estado de la casa de su tío Lorenzo, no esperaba encontrarse con algo así. Se grabó haciendo una descripción minuciosa: la pintura de las paredes se desprendía en burbujas, y la humedad había cartografiado las dimensiones más devastadoras de aquel abandono; a un lado se apilaba un colchón junto con varios muebles desven- cijados y viejos papeles.

Entre ese desorden, a Claudia le llamó la atención un libro que estaba medio envuelto en un paño lleno de agujeros. Ya había visto antes ese libro, pero nunca se había atrevido a tocarlo. Lo limpió con el propio paño: era un volumen encuadernado en una tela rojiza, en cuya cubierta podía leerse en letras aún doradas el título: *Los hermanos Karamazov*. La parte central del interior del libro había sido cortada para formar un hueco. Allí encontró una bolsa de terciopelo, una fotografía en blanco y negro, y dos cruces de color plata con una esvástica en el centro, una fecha casi borrada debajo, sujetas a unas cintas con dos franjas negras, dos blancas y una roja el doble de ancha.

Claudia sacó la fotografía. En la imagen aparecía en primer plano un hombre corpulento, en traje, con los brazos cruzados. Al fondo creyó ver la entrada de una mina, una mancha oscura excavada en la piedra, y varios hombres con

monos de trabajo y cascos. Un resto de pegamento endurecido por los años impedía que se le distinguiera con nitidez el rostro, pero no era difícil intuir un pelo largo y una espesa barba. En el reverso, un nombre, un apellido y una fecha: Lorenzo Nuba, 1951.

EXPEDIENTE 141011

En cuanto me enteré de que el caso había quedado archivado provisionalmente, contacté con la familia para ofrecerles mis servicios como investigador privado. Después de todos mis años como inspector de policía, lo que leí en la prensa despertó mi interés. Era imposible que Claudia Nuba hubiese desaparecido de esa forma, sin que nadie viese nada a esa hora, en un lugar tan concurrido, y justo durante ese instante en que su novio, con el que había quedado allí, estaba vuelto de espaldas. Se desvaneció, sin más; solo dejó una rebeca roja tirada en el suelo. Esto sucedió el viernes 27 de octubre del año pasado.

La familia aún no ha perdido la esperanza de encontrarla con vida. Los policías encargados del caso manejaban dos hipótesis: la desaparición voluntaria y el secuestro. La primera posibilidad fue descartada tras tomar declaraciones a familiares y amigos, porque Claudia carecía de motivos para irse, o al menos de momento no han podido averiguarse. La investigación se centró entonces en el secuestro. Pero como no encontraron ninguna pista, ni siquiera un testimonio que aportase información relevante, la policía decidió cerrar la investigación sin resultado, manteniendo el caso activo a nivel interno. Mientras no haya pruebas concluyentes de que la persona desaparecida ha fallecido –como una

confesión o indicios irrefutables—, un caso así no se cierra definitivamente. Tanto la policía como el juzgado indicaron que se archivaba de forma provisional, a la espera de que apareciese nueva información que permitiera esclarecerlo.

Por eso, cuando me presenté ante sus familiares para hacerme cargo de las pesquisas, aceptaron de inmediato mis servicios. No dudaron en poner en mis manos cualquier cosa donde pudiese haber un indicio de su paradero. Ahora tengo sobre mi mesa su diario, documentos y algunos libros y revistas, todos los materiales de una investigación en la que estaba inmersa al desaparecer: la muerte de su tío Lorenzo.

LA MINA

Claudia entró en la mina una sola vez, pero fue suficiente para comprender que aquella sensación que tuvo delante de la casa de su tío había sido una advertencia que hasta entonces no supo interpretar.

Para Lorenzo, en cambio, la mina fue una obsesión, y a lo largo de los años regresó allí muchas veces. Pero solo sintió que aquella idea tenía sentido la noche de 1972 en que murió. A mediodía fue a la mina y repitió paso por paso el mismo ritual que desde hacía años precedía a cada descenso por la oscuridad: cerró la cancela con varios candados, se colgó el juego de llaves alrededor del cuello, cogió sus herramientas de trabajo, cruzó entre la maquinaria obsoleta y herrumbrosa mientras repetía el juramento que le había hecho a su abuelo y a su padre, y antes de adentrarse por el túnel, se bebió media botella de vino: la otra media la reservaba siempre para cuando regresase a la superficie. Ese día no podía dejar de pensar en Antonia, su mujer, pero también en su hijo Fernando, y en Miguel, el cura del barrio, así que bajó a la mina para que se le aclarasen las ideas. Necesitaba oír, allí abajo, entre las sombras y el eco de los golpes en la piedra, la voz que le diría cómo tenía que resolver aquel asunto. Solo había dado unos pocos pasos hacia el interior cuando se detuvo: tenía la sensación de que detrás había

alguien. Desde hacía tiempo lo seguían a todas partes, esperando el momento en que bajase la guardia. Así que agarró su mazo, lo apretó hasta que notó el metal caliente y lanzó un golpe contra la claridad cegadora que se replegaba en la entrada de la mina. Aquella descarga de ira le hizo decidirse: cuando saliese de allí iría a la iglesia en busca de Miguel.

Al principio, cada domingo por la mañana, se adentraba en la mina, tan fascinado por un sueño que venía de antiguo como por la oscuridad del lugar. Más tarde, en 1943, cuando regresó de Rusia, empezó a bajar allí casi todos los días. Pero no era suficiente. Para acelerar la búsqueda decidió contratar a algunos hombres para que le ayudasen e hizo que le trajesen desde la otra punta del mundo el equipo necesario para descender a profundidades que sus predecesores nunca habrían imaginado. Perdió mucho dinero y no encontraron nada. Sin embargo, Lorenzo estaba convencido de que tarde o temprano daría con lo que buscaba: una veta de oro de la que le habían hablado su abuelo y su padre. Así que en 1952 despidió a los trabajadores y prosiguió en solitario.

Lorenzo no se limitaba a recorrer las galerías que figuraban en su mapa, sino que intentaba abrir nuevos caminos que luego trasladaba al papel. Para cualquiera que lo viese, ese papel no era más que una maraña de líneas de distintos grosores, anotaciones ilegibles que a veces se confundían con las propias líneas –si es que las líneas y las letras no eran la misma cosa– y borrones desperdigados como las islas en un mapa de Oceanía. Solo se veían con claridad unas pocas cruces, pequeñas y bien marcadas. A veces había encontrado un destello en la roca y entonces, con cuidado, extraía un trozo que miraba en la palma de su mano. De inmediato sabía que no era oro, sino pirita, pero bastaba para avivar la esperanza durante algún tiempo más. Y mientras

contemplaba extasiado ese metal impuro, rodeado de tinieblas, solo, absolutamente solo, ese día de 1972 se preguntó por qué se acercaban tanto las riquezas a las sombras.